

na, no debe sorprendernos que ocurrieran disensiones y conflictos, y que todas las violentas pasiones de los indios se encendieran y estallasen con salvaje actividad; ni tampoco debe causarnos estrañeza que tardasen poco los indígenas en persuadirse de que los blan-

cos, salvo alguna que otra rara escepcion, eran forzosamente sus naturales enemigos. Los hechos históricos, que consignamos mas adelante, demostrarán, por desgracia, la exactitud de este aserto.

CAPÍTULO III.

1553—1606.

TENTATIVAS DE COLONIZACION LLEVADAS A CABO POR LOS INGLESES.

Empresas de los ingleses.—Willoughby y Chancellor.—Reinado de Isabel.—Frobisher.—Drake.—Sir Humphrey.—Sir Walter Raleigh.—Carta de Amidas y Barlow.—Roanoke.—VIRGINIA.—Lane, gobernador.—Hariot.—Hostilidades de los indios.—Abandono de la colonia.—Mándanse nuevos colonos.—White, gobernador.—Virginia Dare.—Agitaciones políticas en Inglaterra.—Piérdese totalmente la colonia.—Traspaso de la patente de Raleigh.—Gosnold.—Jacobo I.—Flakluyt—Pring.—Weymouth.—Compañía de Londres.—Compañía de Plymouth.—Carta constitucional.—Instrucciones espeditas por el rey.

El espíritu emprendedor de los ingleses, los incitó desde la primera época del descubrimiento á acometer con vigor la obra de fundar colonias en el nuevo mundo.

La fama de Sebastian Cabot y su reconocida pericia y sagacidad en las expediciones navales, ejercieron grande influencia durante los reinados de Enrique VIII y Eduardo VI. Aunque la tentativa de encontrar un paso noroeste á las Indias habia fracasado, conservábase viva la idea de que dicho paso estaba todavía por descubrir, y predominaba en el ánimo de los navegantes de aquella época. Por consejo é instancias de Cabot, se buscó otro camino. Alegó varias razones para hacer creer en la probabilidad de que existiera un paso al tan buscado Cathay por el nordeste, y á consecuencia de esto, formóse una compañía de comerciantes, á cuyo frente se puso Cabot, la cual preparó y equipó una expedicion, con instrucciones y órdenes especiales, redactadas por el mismo célebre navegante, confiriéndose el mando de ella á Sir

Influencia de M. Polo

Hugh Willoughby. «En su primera navegacion, estos descubridores norte-orientales, dice el eminente Flakluyt, iban completamente á ciegas, y si algo sospechaban, era tan nebuloso como los mares setentrionales que atravesaron, y tan oscuro y ambiguo, que mas servia para arredrarlos que para infundirles aliento. Referir los riesgos que corrieron y los obstáculos que hubieron de vencer, seria demasiado prolijo, pues en primer lugar, viéronse espuestos al rigor de los desapacibles y estraños mares setentrionales, teniendo que aguantar las encrespadas olas y borrascosos vientos, que les atropellaban continuamente. Los montones de nieve y montañas de hielo que se levantaban hasta en verano; las espantosas cataratas, inciertas corrientes, espesas nieblas y otros fenómenos terribles que la expedicion hubo de salvar en aquellos mares, contrastaban notablemente con el apacible y templado Océano Atlántico, por el cual hicieron los españoles y portugueses sus placenteros viajes,

satisfaciendo su *sed de fama y oro*, y adquiriendo la nombradía y riquezas que les hicieron llevaderas sus penalidades.» Las tempestades separaron á Willoughby y Chancellor, y despues de haber doblado el «temible y nebuloso Cabo-Norte,» viéronse sorprendidos por los horrores de un invierno polar; pero con muy distinto resultado para cada uno de ellos. Willoughby se refugió en un oscuro puerto de Lapland, para ser víctima de lenta y espantosa muerte. En la siguiente primavera descubrieron su retiro: los cadáveres de los marineros helados, yacian en derredor del buque, y el de Willoughby se encontró en su camarote, teniendo aun en la mano el diario en que se detallaban los horribles padecimientos á que se vieran reducidos. Mas afortunado Chancellor, entró en el mar Blanco, y halló seguro abrigo en el puerto de Arcángel, donde los moscovitas recibieron con suma hospitalidad á sus primeros visitantes extranjeros. Al saber Chancellor la vasta estension del imperio que habia descubierto, se encaminó á Moscow, y presentó al czar Juan Vasilowitz una carta de Eduardo VI, de que era portador el comandante de cada nave. El czar, que no carecia de perspicacia y sagacidad, conociendo las ventajas que podria reportar entablando comercio con las naciones occidentales de Europa, trató á Chancellor muy cortesmente, y en una carta dirigida al rey Eduardo, le invitó á establecer relaciones mercantiles entre la Inglaterra y su imperio, ofreciendo ámplio favor y proteccion á los súbditos de la Gran Bretaña.

La afición á las empresas marítimas arriesgadas, aunque no tan activa durante el reinado de María, continuó, sin embargo, acrecentándose, y el advenimiento al trono y reinado de Isabel vino á proporcionar nueva oportunidad para su mayor desarrollo. «La

tranquilidad interior del reino, dice Robertson, sostenida durante el decurso de un largo y próspero reinado; la paz con las naciones extranjeras, que subsistió por mas de veinte años despues de haber ocupado Isabel el sόlio; la bien calculada economía de la reina, que le permitió librar á sus pueblos de los onerosos impuestos que coartaban el comercio, juntamente con la popularidad de su administracion, circunstancias todas favorables para las empresas mercantiles, prestaron nuevo impulso á los descubrimientos. La perspicacia de Isabel, le dió muy pronto á conocer, que la seguridad de un reino rodeado de mar se afianzaba en su fuerza naval, é inauguró su gobierno aumentando el número de buques de la real armada y dotándolos de mayor solidez. Dispuso tambien se hicieran inmensos acopios de municiones de guerra en sus arsenales; mandó construir embarcaciones de doble fuerza, con arreglo á las ideas de la época, é incitó á sus vasallos á que imitaran su ejemplo, y no fuesen por mas tiempo tributarios de los extranjeros, á quienes hasta entonces habian comprado todas las naves de gran porte. Con tales estímulos y esfuerzos, se perfeccionó la habilidad de los constructores ingleses, aumentóse el número de marineros, y se fijó la atencion pública en la armada, considerándola como el objeto nacional mas importante.» (*) La reina escitó por todos los medios posibles á sus súbditos á que comerciaran con la Rusia, y trataran de penetrar por tierra en Persia, así como para que abrieran, de un modo ú otro, nuevas vias á la especulacion y actividad comerciales.

Habiéndose frustrado la tentativa para descubrir un paso por el nordeste, hizo

(*) *Historia de América*, por Robertson, lib. IX, pág. 207.

se un nuevo esfuerzo para hallarlo por el noroeste. Aprestáronse tres pequeñas embarcaciones, al mando de Martin Frobisher, eminente marino de aquella época; mas á pesar de que hizo tres viajes consecutivos y exploró en cierta estension la costa de Labrador, no logró realizar el objeto de su expedicion.

Vino á coincidir casi con aquella fecha, el viaje afortunado que hizo Sir Francis Drake, cuyo buen éxito dió cierto lustre á su nombre, aunque sin producir ningun provecho esencial al comercio inglés. Drake tuvo bastante arrojo para seguir las huellas de Magallanes, y cruzando el Ecuador, dirigió su rumbo por la costa americana del Pacífico, hasta los cuarenta y tres grados de latitud norte, con la esperanza de descubrir un paso noroeste del Atlántico al Pacífico; pero no consiguió el objeto que se proponia.

En el mismo año en que terminó Frobisher tan infructuosamente su tercer viaje, hizo, bajo los auspicios de la reina Isabel, otra tentativa para establecer una colonia en América. Intervino principalmente en esta empresa Sir Humphrey Gilbert, caballero de distincion y de notable capacidad como militar y como escritor marítimo. Humphrey obtuvo sin dificultad una patente de la reina, que le autorizaba á llevar á efecto sus planes «con toda esperanza de buen éxito,» concediéndosele seis años para establecer la colonia. Como esta fuese la primera cédula de privilegio otorgada por la corona de Inglaterra, los artículos de que constaba merecen especial atencion, porque son un trasunto de las ideas dominantes en aquella época respecto á la naturaleza de semejantes establecimientos. «Isabel autoriza á Sir Humphrey Gilbert para descubrir y tomar posesion de todas las remotas tierras habitadas por bár-

baros, que no estén ocupadas por ningun príncipe ó pueblo cristiano; le confiere pleno derecho de propiedad del suelo de los países de que pudiera apoderarse; le faculta á él, á sus herederos y cesionarios, para trasferir cualquiera porcion de aquellas tierras que tenga por conveniente, en feudo simple, á las personas que estén allí establecidas, con sujecion á las leyes de Inglaterra, y ordena que todas las tierras concedidas á Gilbert dependerán de la corona de Inglaterra en homenaje, mediante el tributo de la quinta parte de los minerales de oro y plata que en ellas se encontraren.» La cédula otorgaba tambien pleno poder á Gilbert, á sus herederos y cesionarios, para juzgar, castigar, perdonar, gobernar y regir, segun su buena discrecion y política, lo mismo en las causas capitales ó criminales, como en las civiles, igualmente en la marina que en otros ramos, á todas las personas que de tiempo en tiempo fuesen á establecerse en dichas comarcas; y declaraba que todos los que allí se domiciliaran gozarian de los mismos privilegios concedidos á los extranjeros libres, naturalizados en Inglaterra, no obstante cualesquiera ley, costumbre ó uso contrario á esta disposicion. Finalmente, prohibia á cuantas personas quisieran ó intentaran establecerse en aquellas regiones, que lo hicieran á menos de doscientas leguas en contorno de cualquier sitio que Sir Humphrey Gilbert ó sus asociados hubieran ocupado durante el plazo que se fijaba para el establecimiento permanente de la colonia (*).

Sir Humphrey Gilbert invirtió gran parte de su fortuna en esta proyectada expedicion; pero como surgieran disensiones entre los que se habian alistado para acompañarle en ella, disminuyó su número, lo que la hizo desme-

(*) *Hakluyt*, tom. III, pág. 135.

recer antes de su salida, y así fué, que únicamente se dió á la vela con algunos pocos amigos leales y seguros. Una de las embarcaciones se perdió en una tormenta, y es probable que tuviera también un encuentro con una escuadra española; de modo que, sumamente desalentado, vióse en la precision de efectuar su regreso á Inglaterra.

Era hermano político de Gilbert el ilustre Sir Walter Raleigh, hombre de génio superior, de portentosa opulencia y de sublimes aspiraciones. Habia militado bajo las órdenes de Coligny, tan renombrado por su pericia y bizarría, y se mostraba celoso por conservar intacto el honor nacional. Desde luego se apresuró á auxiliar á su cuñado, y aun se supone que acompañó á Gilbert en su primer viaje en 1579. Por su grande influencia consiguió se declarase abiertamente la reina en favor de la expedicion; suministró él un buque de doscientas toneladas, que llevaba su propio nombre, é hizo cuanto pudo, en favor de la

1583. expedicion. Con una flota de cinco buques, el *Delight*, *Raleigh*, *Golden-Hind*, *Swallow* y el *Squirrel*, en el cual se embarcó mucha gente, emprendió Gilbert su segundo viaje, dándose á la vela en el mes de junio de 1583. Cuando llegó á Terranova, á principios de agosto, tomó posesion de la isla en nombre de Isabel; hizo levantar un pilar con las armas de Inglaterra, y despues, segun la costumbre feudal, se leyó la cédula de privilegio otorgada, y se arrancó del suelo un terron y un trozo de césped, que se pusieron en manos del almirante. La turbulenta y desordenada conducta de muchos de los marineros, habia sido un obstáculo para el buen éxito de la expedicion, de cuyas resultas, mientras navegaban con rumbo hácia el Sur, para «incluir en los límites de la patente ó cédula toda la tierra descubierta,» el buque mayor, por descuido de sus tripulantes, chocó

contra un banco de arena y se fué á pique, pereciendo próximamente en él unos cien hombres, entre los cuales se contaba el húngaro Permenius, llamado *Budeus*, del nombre de su ciudad natal, quien debia haber sido el cronista de la expedicion, como asimismo «el afinador sajón y descubridor de inestimables riquezas.» En esta catástrofe se perdieron también los papeles mas interesantes del almirante. Decididos en tal estado á regresar á su patria, los vientos de otoño empezaron á hacer muy peligrosa la navegacion de tan pequeñas embarcaciones. Sin embargo, Sir Humphrey, que habia salido de Inglaterra á bordo del *Squirrel*, bajel de diez toneladas, desatendiendo toda advertencia, persistió en permanecer en él con sus valientes marineros y piloto, antes que trasbordarse al buque mayor. Ambas embarcaciones navegaron juntas, presentándose Gilbert, de vez en cuando á bordo del *Hind*, para animar á sus compañeros con esperanzas de buen éxito. Levantóse de pronto tan deshecha borrasca, que los mas viejos marineros no recordaban haber visto jamás olas mas gigantescas y aterradoras. En la tarde del domingo 9 de setiembre, cargado como estaba el *Squirrel*, de artillería y cadenas, faltó poco para que le echase á pique una oleada, de la cual escapó milagrosamente. Cuando le vieron salir de entre el abismo de aquel mar embravecido, resonaron sobre cubierta cien gritos de sorpresa y agradecimiento. Gilbert, que estaba sentado en la popa, con un libro en la mano, exclamó con calma, luego que la corriente de las olas le puso al alcance de la voz de los que iban á bordo del otro buque: «Estamos tan cerca del cielo por mar, como por tierra.» Estas fueron las últimas palabras que le oyeron pronunciar. A media noche, habiendo tomado un poco la delantera el *Squirrel*, y viendo los

que estaban de guardia sobre la cubierta del *Hind* desaparecer las luces de aquel entre la oscuridad de la marejada, empezaron á lanzar desesperadas voces, diciendo que el general se habia perdido. En efecto, el *Squirrel*, fragata en miniatura, acababa de hundirse entre las aguas. En cuanto al *Hind* habiéndose librado á duras penas del temporal, arribó por fin á Falmouth, llevando la noticia de tantas pérdidas y desastres.

La mala estrella de su hermano político, no disuadió á Raleigh del intento de llevar á cabo su plan favorito de colonizacion y descubrimientos en América. Deseoso de proporcionar á su colonia un clima mas suave, solicitó y obtuvo de Isabel una patente tan amplia como la que se habia otorgado á Gilbert. Por ella, se le constituia en dueño y propietario de la tierra, con poderes casi ilimitados, bajo la condicion de reservar

1584. á la corona una quinta parte de los minerales de plata y oro que encontrara. Al mando de Philip Amidas y Arthur Barlow, zarparon dos buques en el mes de abril de 1584, y en los primeros dias de julio llegaron á las playas de la Carolina. Despues de reconocer la costa en un trecho de ciento veinte millas, desembarcaron ambos capitanes, tomando inmediatamente posesion en nombre de la reina de la isla de *Wococon*, la mas meridional de las que componen el *Ocracok Inlet*.

Hakluyt ha conservado la brillante descripcion que Amidas y Barlow hicieron á Raleigh de este descubrimiento, al regresar á Inglaterra en setiembre del mismo año. Su lenguaje es gráfico y digno de reproducirse: «El terreno de *Wococon*, dicen, es el mas abundante, ameno, fértil y sano de todo el mundo. Existen allí mas de catorce árboles diferentes y vistosos de olorosa madera. La mayor parte de los arbustos son laureles y

otros semejantes. También se encuentran los robles que nosotros tenemos; pero mucho mas grandes y mejores. Despues de haber visto varias veces á aquellos habitantes desde nuestros buques, uno de nosotros dos, con siete hombres de la tripulacion, nos internamos veinte millas en el rio que corre hácia la ciudad de *Skicoak*, al cual los naturales llaman *Occam*. A la tarde siguiente llegamos á una isla, que designan con el nombre de *Roanoke*, distante siete leguas del puerto por donde entramos, y en cuyo estrecho setentrional divisamos una aldea de nueve casas, todas de cedro, y fortificadas con fuertes empalizadas de árboles, para resguardarse de sus enemigos. La entrada de cada una de estas viviendas, era una especie de barrera artísticamente hecha. Cuando nos dirigimos á aquella aldea, hallándonos ya cerca de las márgenes del rio, la mujer de Granganimo, hermano del rey, vino corriendo á nuestro encuentro, recibiéndonos plentera y amistosamente. Como su marido no se encontrase á la sazón en el pueblo, dispuso ella que algunos de los suyos sacasen nuestra lancha á la playa, para librarla del embate de las olas; mandó á otros que cargasen con nosotros y nos pusieran en tierra, disponiendo también que llevasen los remos á su casa por temor de que los robaran. Cuando entramos en la habitacion de aquella mujer, nos hizo sentar junto á un buen fuego; quitónos las ropas; las limpió y las puso á secar, mientras sus criadas nos lavaban los piés con agua caliente, afanándose ella misma por verlo todo arreglado del mejor modo posible. Despues que nos hubimos secado, condujónos á un cuarto interior, donde puso sobre la mesa, colocada á lo largo de la pared, un potaje parecido al frangollo, venado cocido y asado, variedad de pesca, melones, raíces y frutas de diver-